

OLÍA A PAN EN TRASCONTE

SEUDÓNIMO: VALQUIRCE

Después de tantos años lejos de Trasconte, todavía me llega nítido el olor ácido del humo de carbón saliendo amarillento por las chimeneas. También el de la hierba recién segada, el del ganado y la madera de roble secándose en la tenada. Pero sobre todo el del pan... el de su pan.

En la pequeña aldea –no más de ciento cincuenta vecinos– convivían desde hacía décadas las escombreras del negro mineral con los sembrados de cereal, los linares y las praderías; gentes del campo con una colonia de mineros, algunos oriundos y otros venidos al son del dinero de cada esquina del mapa. Dos formas totalmente diferentes de entender la existencia: agricultores y ganaderos mirando siempre hacia el cielo, sin fiestas que guardar, ahorradores en años de bonanza por si venían tiempos de malas cosechas; mineros de pulmones castigados, sabedores de su pronta y mala vejez, que celebraban la suerte de seguir vivos bebiendo y jugando cada tarde en la cantina. Era costumbre entre éstos ponerse motes y los gentilicios resultaban un recurso común. De ahí que entre la cosmopolita vecindad no faltaran “el Gallego, el Asturiano, el Portu” – de portugués– , etc. Mi familia era un poco de todo, pero fundamentalmente muy numerosa: catorce para el mismo puchero. La escasa hacienda había condenado a mis hermanos mayores a buscar el sustento en el carbón o en el hilo y la aguja, aunque echaban una mano a mis padres siempre que podían. Los más pequeños, al salir de la escuela, nos ocupábamos de cualquier tarea que estuviera al alcance de nuestros redaños o nuestra maña personal. Las chicas, más en los temas de la casa, y los chicos en los

demás.

Hambre, lo que se dice hambre, no pasábamos, pero siempre teníamos ganas de comer. Por eso salíamos de noche a las yedras y a la laguna, para cazar pardales y ranas con los que acompañar la cazuela al día siguiente; por eso nos acercábamos al monte a por fresas silvestres en junio; a por moras, endrinas y garamochos a finales del verano; a por avellanas, bellotas, ayucos y nueces durante el otoño; a caracoles tras la tormenta y a setas todo el año. Y por eso hacíamos ensaladas de acederas estivales y de berros invernales y compotas de peras y manzanas recolectadas durante las noches nubladas y sin luna, cuando el cielo se quedaba ciego, en los huertos de los ricos. Noches furtivas para acercarse silenciosos al río y, guiados por la candela del carburo, pescar a mano unos cangrejos y unas truchas sin que nos pillasen los guardas, que nos perseguían como a alimañas.

Yo para los recados tenía mis preferencias. Por ejemplo, donde estuviera baldear del pozo que se quitara ir a la fuente. A mí el pozo del huerto me tenía intrigado: poseía un misterio atávico y un peligro que me atraían morbosamente. Nadie recordaba desde cuándo estaba allí, pero era anterior a nuestra casa centenaria. Carecía de brocal y tampoco contaba con cigüeño ni polea. Su boca era un hueco negro de unos sesenta centímetros de diámetro, formado por grandes piedras canteadas en forma de quesitos a los que se les había redondeado la punta. Aquel agujero se tapaba con un gran tuco circular de olmo al que se le había clavado encima toscamente un asa de la misma madera. Pesaba mucho esa tapa y, para los imberbes, moverla suponía una maniobra arriesgada y titánica a la par. No podíamos con ella y era preciso arrastrarla a base de empujones hasta apartarla del vacío, palpando la amenaza de resbalar y caer adentro. En su interior, el pozo era más ancho, como de metro y medio, y cuando asomabas te dabas cuenta de que las piedras donde pisabas se encontraban parcialmente suspendidas en el aire. Esa certeza –junto al reflejo de mi imagen ondulando cuatro metros abajo sobre la

superficie del agua oscura- me producían un poco de vértigo, acompañado de un cosquilleo en las cervicales y unas sensaciones raras debajo del pantalón que me hacían apretar el culo.

El agua se sacaba con dos herradas: una pequeña para los chavales y otra grande para los mayores. Las atábamos a una larga cuerda sujeta por la otra punta a una barra de hierro clavada en el suelo y remachada por arriba. La maniobra de baldeo consistía en situarse perpendicularmente sobre el centro del pozo, con las piernas abiertas y un pie a cada lado del hueco: a las tres y a las nueve si éste fuera un reloj o una película de aviadores. La herrada se lanzaba volcada, teniendo mucho ojo de no engancharse las cachavas con la cuerda e ir tras ella hasta el fondo. Generalmente, de esta forma entraba a derecho en el agua y se llenaba en un santiamén. Si fallabas y se quedaba flotando, había que tirar de la cuerda hasta dejar el cubo colgando a ras de superficie. Después se le balanceaba lateralmente y se daba un tirón brusco que le obligara a voltearse en el aire y caer al instante en la posición deseada. Subíamos los baldes a pulso y los vertíamos en otros más grandes que luego llevábamos entre dos hasta la casa.

El agua del pozo estaba fresca, pero no se bebía: era para fregar, para asearse y para tirar por el váter –quien lo tuviera, los demás, a la cuadra-. Eran pocas las casas del pueblo que contaban con desagües particulares y un pozo negro. El abastecimiento de agua corriente y la red de alcantarillado aún tardarían años en llegar.

Para beber y cocinar se usaba el de la fuente, que era de muy buena calidad, pues manaba allí mismo. Era agua de nieve de la sierra cercana. De hecho, El Tío Millán, el paisano más leído del lugar, que casi se hizo cura y soltaba latinajos como tacos los mineros, afirmaba que el Onte de Trasconte significaba fuente y que a nuestro pueblo le habían puesto el nombre los romanos cuando la conquista. Por eso, no quedaba otra que dar varios viajes al día cargados de botijos y calderos. Mi familia era de las que más lejos vivía del manantial, así que el tema se ponía aún más crudo. Hasta “Puskas”, el

perro, que pasaba sus ratos libres tumbado junto a la puerta a la espera de irse con cualquiera, no hacía ni mención de movimiento cuando se percataba de que el motivo del paseo conllevaba el riesgo de un remojón en agua fría.

Además, y para mí era lo peor, a cualquier hora que aparecieras por el pilón te topabas con las mujeres lavando en las pozas de al lado y, en cuanto hacías acto de presencia, empezaba el comadreo: “Se nos está poniendo guapo este gañán”, “¿Qué, ya tienes novia, rapaz?” “Mira a ver, que mi M^a Luisa te pone ojillos y mejor partido no encontrarás, que es hija única y va a heredar hasta el trapo”.

Siempre la misma cantinela. Al que pillaban lo abrasaban al momento y se te hacía eterno el rato que el chorro del caño tardaba en hacer rebosar los cántaros. Yo no me acostumbraba y, además, me quedaba mudo y medio alelado, incapaz de levantar los ojos de los rumiajos que invadían el abrevadero. Me tenían calado, así que el recochineo con mi persona era mayúsculo. Mi timidez me había convertido en carne de cañón y puedo asegurar que las bocas del lavadero escupían más metralla que los tanques de la Acorazada Brunete. A mis hermanos les pasaba algo parecido y andábamos a cada rato midiendo las existencias caseras del líquido elemento para salir pitando a la calle antes de escuchar la consabida frase de “A ver quién va a la fuente”. A poco que te descuidaras ya te habían hecho el abanico y se podía leer en tu frente “Tontolaba el último”.

A por el pan era otra cosa. No sólo no me importaba acercarme a comprarlo, sino que me presentaba voluntario en el obrador tan temprano que aún no habían salido del horno las hogazas, las barras ni los bollos. Tal vez por esa asiduidad -y por la atención con que mis ojos seguían cada uno de sus movimientos- Julio, el panadero, no se mostraba molesto cuando me colaba en su territorio laboral bastante antes de la hora de despacho que, además, no se hacía allí. La tienda propiamente dicha la llevaba su hermana Gori – De Goretti- en la casa contigua. En realidad, creo que se sentía halagado por mi interés

y su forma de agradecermelo era haciéndome partícipe de su trabajo.

“¿Te has lavado bien las manos?, pues vete amasando un bollete, que ahora lo cocemos”.

No hay olor comparable al del pan candeal recién horneado, nada más puro. El cielo y la nuca de Mireya, la hija del vigilante de la mina, deben exhalar ese aroma.

No me hubiera importado hacer de aquella mi profesión, pero derroteros de la vida que ahora no vienen a cuento me trazaron otros caminos. Quitando los madrugones, todo me atraía por completo de aquel oficio ancestral: preparar el horno de leña; mezclar la harina con la levadura; hacer la masa; apartar las brasas; meter las piezas con el paletón; vigilar su cocción; darles vuelta; sacarlas y respirar profundamente su elixir de alma tostada... Hasta me hacía ojo la idea de cargar la mercancía en la pequeña furgoneta y repartirla por los pueblos de al lado, presumiendo del producto de mi esfuerzo y maestría.

Nadie sabe dar el pan como quien lo ha hecho. Te lo entrega con la misma mano descubierta que lo ha dotado de sabor y vida y, al dejarlo en las tuyas, lo hace crujir de una forma personal. En ese crujido tan propio resuena el orgullo del creador: es la firma del artesano que vende su obra cotidiana, consciente de que es única e irrepetible. Y es también el sello de calidad con que te demuestra su frescura.

No podía resistirme. Mientras volvía con la bici a casa, sacaba una barra aún caliente de la bolsa de tela que colgaba del manillar y le hincaba el diente por uno de los costados, en ese pliegue blanquecino de ternura especial. El pan de Trasconte era único en la comarca y muy codiciado por su sabor. Julio me había confesado que el secreto estaba en el agua alcalina de nuestro manantial, que suavizaba la masa y hacía más esponjosa y succulenta la miga.

A mí me sabía a privilegio y, por ende, así me sentía entonces: un ser privilegiado, mientras sorteaba sin prisa las boñigas de vaca para llegar con las ruedas limpias hasta

mi portal.

Vacaciones, lo que se dice vacaciones, no teníamos en el verano. Eran tiempos de faena. Como los ñajos no valíamos para segar ni acarrear la hierba ni la mies, además de recadar, nos tocaba ocuparnos de los animales y el huerto, limpiar el establo y acompañar al ganado a los pastos, con lo que para poco más daban las jornadas. Como mucho, cuatro patadas al balón en la era o un rato de comba o castro para ellas.

Salir con las vacas era para mí lo más llevadero. Son animales que no dan muchos problemas. Los perros están bien entrenados para que ninguna se nos descarríe. Ponen tanto celo en su trabajo que es preciso pararles a menudo para que las dejen respirar. En realidad, se trataba de acompañarlas al monte y vigilarlas mientras ellas, habituadas a cada ruta, se limitaban a ir paciando de claro en claro hasta emprender el camino de vuelta. El rebaño era grande, pues lo formaba todo el ganado de Trasconte, y por eso iban siempre dos mayores a su cargo. Pasaban el día enseñándonos a los pequeños todo cuanto en aquella tierra y aquel modo de vida tocaba saber. Cuando alcanzábamos los límites de nuestros terrenos, siempre nos lo recordaban, a menudo con un cachete de refuerzo: “Este es Mojón Alto, donde mató el rayo a cuatro vacas del Tío Mario”. “Este otro el de las Tres Cruces, que separa Trasconte de Villatorca y Molinda. No lo olvidéis y no habrá problemas”. Lo mismo ocurría con las fuentes, las huras de de los conejos, las camas de venados y jabalíes o las cuevas del raposo. Así que conocíamos nuestro término municipal de pe a pá.

A la hora del sesteo, con todo en calma tras el almuerzo, solía partir en busca de algún saúco para hacerme una flauta, o de buenas horquillas de avellano para fabricar tirapiedras. Descubría, tumbado sobre la hierba, figuras en las volátiles nubes y también en los estáticos perfiles de las montañas norteñas. A muchos lugares los bauticé a mi manera: “El Collado de la Sirena”, “La Sierra del Dinosaurio”, “El Alto del Sombrero”...

“Ten cuidado con las vacas desmochadas -me advirtió una mañana el tío Sindo-, como no tienen cuernos se sienten amenazadas y, si te arrimas a ellas, te pasan por encima”. Y era cierto: un día vi a la del “Manquillo” cómo le propinaba unos cuantos revolcones a Fidelín porque se le había acercado con el cayado en alto. Arrancó tras él como un Miura y, si no es porque los perros se le echaron a los corvejones, todavía lo está pateando. Peor le fue al “Chirla”, como moteaban en el pueblo al novio pescadero de “La Chusa”, que vivía en La Villa. Presumía el ganapán de heredar sangre torera, aunque, la verdad, con aquel porte achaparrado y culibajo, como mucho, hubiera dado para picador. Cada vez que venía al olor de la moza, andaba atento al regreso vespertino de la vacada. En cuanto veía entrar a las reses por el camino de la ermita, sacaba una especie de capote –yo creo que era un viejo mantel, porque tenía flores- de su Seat 850 y se ponía a hacer el gilipollas –porque otra cosa no se puede decir de aquellos aspavientos que repetía al son de “¡Eh, toro, eh!”-. Las mansas, por lo general, ni se inmutaban, pero aquella tarde, más bien siniestra para el diestro, “El Chirla” la pifió: no se le ocurrió más que lanzar el quite a “La Mocha” de la tía Juana, que se paró en seco enfrente del “maestro”, con la mirada torva, resoplando, y sin mover ni las orejas. “El Chirla”, envalentonado, se fue hacia los medios de la calle para lucir su faena, pero, antes de que empezara otra vez con sus chorradas, sucedió: “La Mocha” embistió con tal fuerza que el maestro soltó hasta los esfínteres en su huida, lo cual no le libró de los envites de la rumiante, que le hicieron dar un triple salto mortal con tirabuzón antes de romperse las narices, tres dientes, un brazo y cinco costillas contra el muro de la señora Lucía. Afortunadamente para él, su agresora no remató el lance y siguió corriendo cual posesa camino de la cuadra. Cuentan las malas lenguas que “El Chirla” dejó en aquel lance algo más que sus desechos corporales -pronto se le vio a “La Chusa” con otro del brazo- y su 850 rojo jamás volvió a rodar por el suelo de Trasconte.

De la trilla me gustaba todo. La llegada de los carros, cargados hasta el borde de los

estadullos, era ya una fiesta. Cada familia ocupaba su parcela y junto a ella se iban hacinando las gavillas que más tarde se esparcirían en redondo. Esas noches, con las eras llenas aquí y allá de montones de mies, los niños disfrutábamos de lo lindo jugando al “esconderite” entre las espigas o echando peleas a ver quién se mantenía por más tiempo en la cima de cada montón: verdadera torre inexpugnable de un castillo imaginario que asediábamos con saña. Quien tiraba al defensor tenía derecho a ocupar su lugar.

Ayudaba a esgadañar y también a aparvar, beldar y cribar, pero yo había nacido para trillique. Conducía a nuestra pareja de vacas por las olas de trigo que, tras vueltas y torcidas, se iban domando hasta quedar en calma chicha. Cuando la parva se aplastaba, usaba las tornadoras para darle vuelta hasta no dejar una espiga sin sufrir el roce lento del trillo y sus afiladas lascas, al que habían cargado con grandes piedras para otorgarle aún más poderío. Trillando me sentía un poco más mayor, porque llevaba yo solo el control. Si quería arrimarme hacia el centro, picaba con la punta de la vara la nalga derecha de “La Mora”, que iba por el exterior; si quería orillarme, hollaba en la izquierda de “La Zagala”, que iba por el interior. Todo ello sin quitar ojo de los movimientos que se producían bajo sus rabos espantamoscas. Había que andar listo para poner a tiempo la vieja lata de escabeche e impedir que el estiércol manchara nuestra preciosa parva dorada que después afrailaríamos subidos a la rastra. Por último, barríamos la era con escobas de retama para no perder ni uno de los granos sudados.

Todos los veranos sucedía en uno u otro lugar. Era totalmente imprevisible pero siempre ocurría, como las picaduras de los salvarios en las playas de Laredo. Aquella vez me tocó padecerlo en propias carnes. Acabábamos de comer a la sombra de la ermita y, como corría prisa, me mandaron volver al trillo sin hacer la digestión. Allí estaba sentado, realizando verdaderos esfuerzos para no quedarme traspuesto bajo la canícula y el sombrero de paja, cuando un fuerte tirón me lanzó hacia atrás hasta

dejarme noqueado sobre en la parva, tras pegarme un coscorrón de tres pares contra el suelo de mi puesto de trabajo. A “La Mora” le había picado la mosca y corría junto a su compañera de yunta a increíble velocidad arrastrando consigo el trillo, que iba dando botes por el camino como un fuera borda por tierra firme. Cuando me quise enterar de lo que había sucedido ya entraban desbocadas en el pueblo, que atravesaron como alma que lleva el diablo hasta parar en “Fuente Grande”, cerca de La Estación, con el resuello perdido y casi reventadas. El trillo quedó destrozado y padre tuvo que comprar otro a una familia de Encinares que emigró hace años a la ciudad y había vuelto unos días a celebrar sus fiestas.

“¡Qué daño les harán los tábanos!” –pensé para mí-. Porque las vacas son duras de verdad. Les arreas con la vara y casi ni se inmutan, en cambio, cuando les pica la mosca, parecen todas “mochas” de ceño cruzado.

Con el fin de la trilla ya habían marchado los vencejos y callado las ranas. Se guardaban la paja y el grano cuanto antes para empezar de nuevo el ciclo: arar, gradear, escarificar, sembrar y escardar, para luego poder cosechar. Los “quitameriendas”, esos azafranes venenosos, se adueñaban de las praderas, avisando que pronto el viento, el frío y la nieve se harían dueños del paisaje. Pronto sacaríamos las patatas, saldrían los hongos de otoño, mataríamos el cerdo, plantaríamos los ajos y las heladas nos arrinconarían cada noche en la cocina. El crudo invierno de la montaña nos metía bajo teja al oscurecer: los animales en las cuadras y nosotros al otro lado del tabique de adobe que hacía frontera con las habitaciones. Nos peleábamos por ocupar un sitio sobre la tibia trébede de la cocina, pero casi siempre había un enfermo en la familia a quien madre se lo reservaba de antemano.

Lo que más me dolía entonces es que, hasta las próximas vacaciones, ya sólo podría salir a por el pan las mañanas de los sábados...Sólo.